

MARCELO LARRAIN

## Una sutil zoología

□ Mitad humanos, mitad animales, los seres que pueblan las telas del joven artista muestran su peculiar afán de trascendencia

Bajito, con barba, ojos azules y apariencia angelical —aunque también algo diabólica— Marcelo Larraín (24, pintor, casado) tiene un fundamental interés al usar la tela y las paletas como vehículo expresivo: trascender como individuo. Ser diferente —por lo menos en algo— al mono, o cualquier animal de esos que a veces suelen poblar sus pinturas de colores fuertes y borrascosos.

Un conjunto de éstas, producto del trabajo de los últimos seis meses, acaba de exhibirse en la galería Lawrence (Monjitas 625). En ellas —pocas— el hombre aparece desfigurado y algo anormal, sin rostro y con los brazos muy largos, en una naturaleza abierta (una playa por ejemplo, un parque) o hermética, contaminada y urbana (la entrada de un metro).

—Lo importante no es la anécdota, sino el concepto que éstas encierran —dice, como pensando en voz alta e intentado aclarar sus ideas.

Ex alumno de Villaseñor, Couve y Opazo en la Escuela de Bellas Artes, abandonó el recinto alrededor del tercer año de cursos.

—El ritmo allí era muy lento; mi propia velocidad y urgencia lo sobrepasaba —explica. Entonces, en algunas muestras colectivas en que participó (años 74 a 75), un crítico lo consideró “una segunda o tercera parte del pintor inglés Bacon”, “a quien no conocía ni de nombre”, dice. Pero de cuya influencia hizo lo posible por desligarse, una vez que comparó las obras del aludido con las suyas, dando una apariencia más clara a la figura humana, quizá menos fantasmal.

Entonces se aisló en su taller —que en el fondo es el living de su casa de Las Condes y que comparte con su mujer y sus dos hijos— y siguió pintando por su cuenta. E insistiendo en ese ser humano, deforme, y preguntándose hasta qué punto los humanos funcionaban como animales o viceversa. De ahí nació la pareja del hombre sin rostro y su caballo, en una playa solitaria, o ese simio en la cuerda floja que vuela mágicamente sobre la entrada de una estación de metro.

Pero había también que sobrevivir.



Hugo Donoso  
**PINTOR LARRAIN**  
Reconciliado con el arte

—Pasé duros aprietos económicos que me obligaron a olvidarme de la pintura.

Se fue a Tierra del Fuego, donde vive su hermano militar, e instaló una discoteca (*Puerto Aéreo* 78) que duró un mes. Luego trabajó como inspector en un colegio y, finalmente, convencido de que los pesos no llegaban por ahí, volvió a Santiago y... a pintar.

Su actual exposición es —afirma— el resultado de una reconciliación con el arte. Y según sus ex maestros y críticos, un saludable rescate de un artista que “promete”

AMERICO VARGAS

## Casi medio siglo de teatro

□ El empleado de la Caja Nacional de Ahorros que se convirtió en Premio Nacional de Arte

De niño, Américo Vargas solía acompañar a su padre a los ensayos y funciones del conjunto teatral de aficionados de La Unión. Más tarde, en el liceo de Valdivia, siempre lo elegían para recitar *Al pie de la bandera* en las fechas patrióticas. También lo hacía, que incluso el Liceo de Niñas lo pedía prestado.

Estudió contabilidad en Santiago y, de regreso a La Unión, trabajó varios años en la Caja Nacional de Ahorros. En 1931 conoció a Rafael Frontaura, cuya compañía actuaba en Valdivia. Al segundo o tercer chop, después de la función, Américo recitó algunos versos, y Frontaura prometió contratarlo para su temporada en Valparaíso a comienzos del año siguiente.

Así sucedió: “Si crees que es tu destino, hazlo”, le dijo su madre. Sus compañeros de oficina le dieron una bullanguera desredada, y el domingo siguiente, el cura del pueblo dedicó su sermón a un joven anónimo que “abandonaba a su madre para dedicarse a un oficio deleznable”.

Fueron comienzos muchas veces difíciles con compañías como las de Frontaura,



ERCILLA. 6 diciembre 1978

Siena, Flores, y —en 1934— ingresó a la de Leguía-Córdoba, que recién se fundaba. Después, nuevamente apadrinado por Frontaura, partió a Buenos Aires en busca de horizontes más amplios, y allí trabajó con conjuntos como aquéllos de Narciso Ibáñez Menta, Mecha Ortiz, y Luis Sandrini. Un día, al presentarse un problema de reparto le preguntaron a Américo si no le importaría hacer un papel de carácter.

—Yo, feliz —recordaría posteriormente—, siempre tuve inclinación a ponerme cosas, a componer personajes, a jugar con barbas y bigotes y pelucas y narices falsas.

Fue un vuelco importante en su carrera, y también lo fue otra experiencia transandina: el encuentro con la periodista y actriz uruguaya Pury Durante, con quien casó en 1947. Retornaron juntos al año siguiente, y tras algunos años más con Lucho Córdoba, Américo debutó con compañía pro-

pia en el Maru (1953). Desde esa época, Pury también fue su primera actriz. Su gran éxito en esa sala fue *Crimen perfecto*, con 1008 funciones.

En 1955, Américo Vargas obtuvo el Premio Nacional de Arte y, tres años más tarde, su compañía se trasladó al teatro Moneda, de cuyas temporadas se recuerdan obras como *La casa de los siete balcones* y *La mamma* (Roussin).

### Entre dos generaciones

Américo —falleció la semana pasada a los 67— representa una etapa entre los antiguos profesionales y la nueva etapa de los teatros universitarios. El mismo se describió como hombre de una generación intermedia, “un poco perdida entre los que se fueron y los que vienen”.

Sus espectáculos los montaba con un cuidado que habría sido inconcebible en las antiguas compañías profesionales; pero al mismo tiempo —obligado a vivir de la taquilla— no tenía la misma libertad, para elegir su repertorio, que los teatros universitarios.

—Hay una gran diferencia —dijo hace dos años (ERCILLA 2124)— entre hacer teatro con medios y hacerlo en nuestras condiciones. Es distinto trabajar con mil problemas económicos a cuentas que con una subvención, sin tener que preocuparse de si el público acude, porque está la universidad que responde.

En 1974 Américo enfermó gravemente: le operaron tres úlceras, y le extrajeron gran parte del estómago. Desde entonces no volvió a actuar, delirando a la vejez.

Una clave en su vida fue Pury. “Ella —dijo— aportó la estabilidad que yo no tenía”. Efectivamente, Américo era dado a fuertes altibajos emocionales. Un eterno hipochondríaco, solía apropiarse de los sín-

tomas de cualquier enfermo que visitara y, según Pury (ERCILLA 1172), era un rezongón empedernido. Con 31 años de matrimonio fueron una decidida excepción dentro de la estabilidad familiar, bastante relativa, común en el ambiente teatral.

Ella —cuando en una ocasión le pidieron que retrocediera a su pasado de crítico teatral para definir a Américo como intérprete—, hizo una síntesis, valedera ahora como despedida de actor:

—Versatilidad, talento en la creación de tipos —los construye con rigurosa prolijidad—, y honradez escénica. H.E. ■

### ESTRENO

## Servicio a domicilio

(“House calls”)

Director: Howard Zieff  
Con Walter Matthau y Glenda Jackson  
EEUU, 1978. Mayores de 18.

A pesar de una historia y situaciones que son cualquier cosa menos originales o ingeniosos, la comedia funciona, gracias a una pareja de actores, cuya chispa e ingenio es muy superior al material de que fueran provistos.

Walter Matthau, mezcla Snoopy y sauce llorón, se enfrenta con una Glenda Jackson que parece una de esas frutas ásperas por fuera y dulces adentro. Ambos usan alambre de púa en la lengua, y se fustigan con frases pizantes.

Matthau es elujino de unos 50 años; se casó virgen a los 21, y enviudó hace tres meses. Toda la vida fue un fiel monogamo; ahora se siente picador y, como cuenta con abundante dinero y un Mercedes Benz, las candidatas no faltan.

Glenda —entre 40 y la muerte— se divorció de su marido hace poco, porque tenía justamente esa tendencia; ahora busca un fiel varón que no se aparte de la línea recta de la fidelidad. A la larga, ambos se pondrán de acuerdo pero antes se enfrentarán en reiterados (y divertidos) combates de sus agudas lenguas.

Como trasfondo, un hospital bastante particular, con un médico jefe (Art Carney) tan distraído y senil que parece capaz de cualquier cosa; pero la parte del filme, que pretende satirizar a los médicos, es endeble, y no está a la altura de la guerrilla del amor entre Matthau y Glenda Jackson.

EN RESUMEN: un ejemplo de cómo dos buenos actores se pueden imponer (y entretener al prójimo), aunque no cuenten con material de primera. RECOMENDABLE ■



Finis Terrae

DO

AMÉRICO VARGAS  
Facetas de una vida  
de teatro



ERCILLA. 6 diciembre 1978

Nº 2262  
1978